

todas las rentas, que traía consigo visitas y estorbaba la circulación.

Isabel y Fernando no dejaron más hija que Juana, de una inteligencia excesivamente limitada. No dejó escapar la casa de Austria un matrimonio tan ventajoso para sus intereses y la hizo casar con Felipe el Hermoso. A la muerte de Isabel, Juana heredó la Castilla bajo la regencia de Fernando; pero Felipe el Hermoso, que maltrataba á su mujer tanto como era amado de ella, vino á Castilla á despecho de su suegro, y le arrebató toda autoridad. A este tiempo murió de resultas de un exceso, y Juana perdió el poco juicio que la quedaba. Mandó desenterrar á su marido y llevarlo á su aposento, no cesando de espiar el momento en que resucitara; alejando de él á toda otra mujer, no menos celosa despues de su muerte que en vida, y negándose á ocuparse en negocios. Fernando se apoderó de la regencia y Castilla fué reunida á Aragon de nuevo. Ocupó tambien la Navarra bajo pretexto de que Juan II de Albert habia negado el paso á las tropas que queria enviar á Francia para la guerra de la Santa Liga; y se halló así soberano de toda la España.

Reconociendo cuan funesto sería para su patria pasar bajo una dominacion extranjera, Fernando sentia vivamente dejar al Austria tan hermosa herencia. Contrajo, pues, nuevo matrimonio y tuvo un hijo, pero habiéndolo perdido, procuró reanimar sus fuerzas generadoras con ayuda de medicamentos, que por el contrario, le hicieron incapaz de toda operacion. Tambien aspiró por su testamento á restringir la herencia de Carlos de Austria; pero al fin le dejó por universal heredero, instituyendo al cardenal Jimenez de Cisneros regente de Castilla, y á don Alfonso, arzobispo de Zaragoza, su hijo natural regente de Aragon; murió á la edad de sesenta y cuatro años.

Se atribuye al cardenal Jimenez de Cisneros gran parte de los méritos de Isabel. Nacido en una condicion humilde, se dirigió con mucha fatiga á Roma en el momento en que el papa se ocupaba en dar pan y empleos á los griegos fugitivos. Habiéndose encerrado despues en un retiro extremadamente riguroso, fué sacado de allí para ser confesor de la reina. En su alta fortuna no se apartó nada de la regla de San Francisco,

caminando á pié y viviendo de limosnas. Cuando Isabel le hizo nombrar arzobispo de Toledo, no aceptó este puesto sino despues de haber recibido por dos veces para ello orden expresa del pontífice, sin aflojar en nada de la severidad que se habia impuesto, y ocultando siempre la capucha del fraile bajo la seda y las pieles. Los magníficos tapices, que adornaban su aposento, cubrian la miserable tarima en que descansaba. No comia más que un plato, y enviaba á los pobres enfermos el resto del servicio; no tenía más que una mula y ninguna pesona de servidumbre. Sólo por mandato expreso de Alejandro VI se rodeó de aquella comitiva en que veia una necesidad una córte de etiqueta y de pompa; esto le hizo todavía más severo, como á todos los que se ven obligados á desviarse de la línea que se han trazado.

Jimenez de Cisneros quiso, como provincial de su orden, emprender su reforma, por la supresion de los abusos, que más tarde suministraron un pretexto á los innovadores. No se asustó ni de la resistencia energica que encontró, ni de la fuga de un millar de frailes que prefirieron trasladarse entre los musulmanes de Africa.

Tenía costumbre de decir que un acto de severidad ahorra otros muchos. Impuso á su clero una exacta disciplina, y como los descontentos habian enviado á uno de los principales dignatarios á Roma para quejarse al papa, le mandó prender en el camino y detener prisionero. Un toro acometió é hirió á las gentes de su comitiva, sin que por eso apretara un sólo instante el paso. Habiéndole presentado un acto que hubiera suscitado disensiones entre el rey y su yerno, lo desgarró sin vacilar. Dotado de tan gran rigidez respecto de su persona y respecto de los demas, no debia plegarse ante consideracion alguna. Persiguió á los moros, y hallándose cogido en medio de ellos permaneció impasible. Llevó hasta el exceso los rigores de la Inquisicion, humilló á la nobleza, y halló un sosten contra el ódio de sus enemigos en la veneracion del pueblo. Habia aliviado en su favor muchas contribuciones, suprimido otras, é hizo disponer en Toledo inmensos graneros que llenó á su costa. Introdujo las partidas de bautismo y de matrimonio, tan necesarias para evitar las disputas. Reprimió á los conquista-

CAPITULO II

Estado pontificio.

Se habia tratado en el concilio de Basilea la cuestion de saber si la Iglesia no recobraría mayor pureza separándose de las intrigas de una dominacion terrestre. Pero uno de los oradores hizo oír estas palabras: *Hubo un tiempo en que pensé sería muy útil separar el poder temporal de la autoridad espiritual; pero estoy convencido de que la virtud sin fuerza es ridícula, y que sin el patrimonio de la Iglesia, el pontífice romano no sería más que un servidor de los reyes y de los príncipes.*

En efecto, la servidumbre de Arviñon habia demostrado á los papas y á los príncipes cuán importante era asegurar á la Santa Sede una existencia independiente, con el objeto de que no se convirtiese en un instrumento pasivo de los caprichos de los reyes. Ocupáronse, pues, en consolidar su poder político, cuando declinaba la autoridad espiritual. Martín V, de la familia de los Orsini, que pudo hacer cesar el cisma, habia encontrado el patrimonio de la Iglesia enteramente trastornado (1423); pero restableció en ella el orden y la dignidad. Hizo que Juana II le restituyese á Roma, que Ladislao habia ocupado; arrebató Perusa á Braccio de Montone, y las demas pequeñas plazas á los tiranos que se habian instalado en ellas. El cardenal Albergati, no ménos santo en su modo de vivir que hábil diplomático, supo devolver á la Santa Sede su importancia política en los negocios de la India; y llegó á determinar varios tratados de paz con ayuda de su sola habilidad en negociaciones; habilidad que le valió más que las armas.

Pero varias casas señoriales se habian establecido en el patrimonio de San Pedro. La de los Polenta habia perdido á Ravona en 1438; cuando los venecianos ocuparon aquella ciudad, que conservaron medio siglo. Faenza é Imola obedecian á los Manfredi; los Ordelaffi de Forli y los Varani de Camarino dominaban allí por su propia cuenta, aun cuando no eran considerados como vicarios del papa. Los Malatesta, capitanes afamados, se habian constituido un hermoso principado en Rimini, sometiendo á Fano, Pesaro, Camerino, San Severino

dores de la América, fundó la universidad de Alcalá, para lo cual mandó construir magníficos edificios, y á donde llamó á la flor y nata de los profesores; á él se debe la edicion de la Biblia políglota, edicion tanto más admirable, cuanto que eran más difíciles y dipendiosas las investigaciones necesarias.

Emprendió á su costa una expedicion contra Oran, ciudad fuerte de la costa de Africa, donde se estrechaban en muchedumbre los emigrados de España; y se apoderó de ella con general asombro, hasta tal punto, que se recurrió á los milagros para explicar el suceso. Verificó allí su entrada el cardenal exclamando: *¡Señor, tuya es la gloria, no de nosotros!* Esta fué la única posesion conservada en Africa por los españoles hasta 1792.

Nombrado á la edad de ocheta años regente de Castilla hasta la llegada de Carlos de Austria, es decir, á una edad en que los demas no piensan más que en morirse, se mostró fecundo é infatigable; fué jefe del Estado como habia sido fraile, sin contemplacion y sin reposo. Ejecutó en pocos meses lo que hubiera costado años á otros, trabajando en consolidar la autoridad real, de que su país debia ser víctima y él antes que otro alguno. Habiendo atacado los franceses la Navarra, hizo dismantelar todas las fortalezas que podian prestar apoyo á la invasion, organizó milicias nacionales, extendió el derecho de llevar armas á los ciudadanos, á pesar de la nobleza castellana, y se sirvió de ellas para arrancarla sus anárquicos privilegios. Se ganó la voluntad de las ciudades autorizándolas para recaudar por sí mismas los impuestos, disminuyó la deuda pública, y aumentó las rentas de la corona, revocando las concesiones hechas por el rey á los grandes. Habiendo querido éstos suscitar algunas objeciones contra los poderes de que estaba investido, les enseñó una batería diciéndoles: *Ved ahí mis poderes.*

¡Cuánta gratitud le hubiera debido España si hubiera hecho por salvarla de Carlos, tanto como hizo con celo y energía para entregársela! Fué recompensado con la más vil ingratitud por el príncipe austriaco, y la posteridad puede acusarle de haber preparado, consolidando la Inquisicion, un medio de envilecimiento y de regularidad servil para país tan hermoso.

Macerata, Monte-santo, Cingoli Iesi, Fermo, Gubbio; pero todo lo perdieron en tiempo de Martín V, excepto Rimini, Fano y Cesena. Eudes Antonio de Montefeltro, obtuvo de Eugenio IV, en 1442, el título de duque de Urbino. Este papa que vió al país destrozado entre los esforcichis y los braceschi, y puesto sitio por ellos á Roma, de donde se vió precisado á huir, se decidió, para ganarse apoyos, á conceder dominios y títulos; pero la muerte de Braccio devolvió á San Pedro sus antiguas posesiones.

Nicolás V fué uno de los papas más dignos de este nombre, y que, aún teniendo en cuenta la diferencia de los tiempos, contribuyó más que Leon X, al progreso de las letras, de las artes y de las ciencias con una protección ilustrada. Restauró el panteón de Agripa, y fundó la biblioteca del Vaticano, donde reunió cinco mil volúmenes. Todos los hombres instruidos fueron acogidos por él. Sus cartas estaban escritas por Poggio de Florencia, Jorge de Terbizonda, Flavio Biondo, Leonardo de Arezzo, Giannotto Manetti, Francisco Filelfo; y todos á porfía le dedicaban sus obras. Tradujéronse entonces muchas del griego, principalmente la Iliada, la Ciropedia, Herodoto, Apiano de Alejandría, Aristóteles, Tolomeo, Platon, Teofrasto y varios santos padres. Nicolás V se mostró liberal con respecto á Poggio por su versión de Diodoro; Lorenzo Valla recibió de él 500 escudos de oro por la de Tucídides; y prometió á Filelfo para comprometerle á traducir á Homero una hermosa casa en Roma, una alquería y 10.000 escudos. Dió 1.500 á Guarino por Estrabon, 500 á Perotti por Polibio. Manetti recibía 600 anualmente, por ocuparse de las obras sagradas, y el Papa hizo principiar una versión de la Biblia del texto hebreo. Añádanse á esto los edificios que reedificó ó emprendió por todas partes; notables palacios en Orbieto y en Esopoletto; baños para los enfermos en Viterbo, sin contar la construcción de las murallas de Roma, y las iglesias que, arruinadas durante su larga viudez, fueron reparadas por sus cuidados. Proponíase también reedificar á San Pedro como símbolo del restablecimiento de la Iglesia espiritual.

No dedicó tanto cuidado al bien de sus súbditos, ó más bien quiso gobernarlos con aquel despotismo á que se inclinan fácilmente los que

se sienten superiores á los otros y desean ser los útiles. Hizose una nueva tentativa para resucitar la república romana por Estéban Porcari, noble romano, que se indignaba de ver el gobierno en manos de sacerdotes, extranjeros en su mayor parte, ninguno de los cuales era apto por su educación para los negocios; animándose con estos versos de Petrarca: «Noble espíritu...» y persuadiéndose de que era aquel caballero á quien «imploraba Roma con húmedos ojos desde las siete colinas,» urdió sus tramas para hacerse soberano de ella á viva fuerza. Alistó aventureros y desterrados; luego se deslizó furtivamente en la ciudad, con el designio de ocupar el Capitolio, de tomar el castillo de Santo Angelo, y de prender al papa y á los cardenales.

Pero ya había columbrado el senador la trama, y puso presos á los conjurados reunidos en una cena. Porcari fué ahorcado en unión de nueve de sus cómplices en las almenas del castillo; y el pontífice, á quien se había representado aquel lance como una tentativa de asesinato, quedó víctima de las sospechas, mandó perseguir á los que habían apelado á la fuga, y trató con sumo rigor á cuantos pudieron ser habidos. El resto de su vida la pasó en medio de terrores y de suplicios. Pero antes de exhalar el último aliento, decía á dos piadosos reclusos que se hallaban á su lado: *Nunca entra aquí nadie que me haga oír la verdad. Estoy tan confuso á causa de las ficciones de los que me rodean que si no temiera un escándalo abdicaría el papado para volver á ser Tomás de Sarzano,* y brotaron las lágrimas de sus ojos.

Al tiempo de la elección de Calixto III (Alfonso Borgia), á quien hemos visto lleno de celo contra los turcos, se reanimaron las facciones de los Colonna y de los Orsini; hizose mayor todavía la irritación cuando el pontífice, prescindiendo de todo miramiento, gratificó á sus sobrinos con los feudos de la Iglesia, haciendo á Pedro duque de Esopoletto, y proyectando, si se hubiera prolongado su existencia, colocarle en el trono de Nápoles, á la sazón vacante. Estos designios obligaron al cónclave siguiente á determinar que sin el consentimiento de los cardenales, no podría el papa transferir la Santa Sede de Roma, ni conferir el capelo de cardenal ú obispados, ni hacer la paz y la

guerra, ni enajenar las tierras eclesiásticas.

Aquel Eneas Silvio Piccolomini, á quien se ha visto representar el principal papel en las cosas de aquel tiempo, uno de los hombres más instruidos en las letras y en el derecho canónico, á la vez historiador y poeta, sucedió á Calixto con el nombre de Pio II. Su juventud había pasado en medio de los disturbios de Siena; había asistido al concilio de Basilea como adjunto del cardenal Domingo Capránica. Habiendo mudado muy á menudo de soberano, fué embajador frecuentemente, luego secretario de Félix V, después del emperador Federico. Escribió la historia de Bohemia; el estado de Europa en tiempo de Federico III, un cuadro de Alemania y del concilio de Basilea, en el cual había figurado en la oposición. Estas obras son interesantísimas por emanar de un testigo ocular, que además se hallaba en evidencia; hay que añadir una colección de cartas amistosas y de negocios. Su secretario, bajo el nombre de Juan Gobellini, nos narró su vida, continuada después por Jacobo de los Amanati. Fué trazada por el Pinturicchio en la antigua biblioteca de Siena con arreglo á los cartones de Rafael.

Pio II sostuvo enérgicamente, como papa, aquella autoridad que, como diplomático, había combatido; y como se le reconviniese á menudo con sus antiguas opiniones, expidió la bula *Retractationum*, en la cual, aludiendo á muchas proposiciones que había fulminado contra el poder pontificio, y especialmente contra Eugenio IV, declaraba que estaba en la indole humana engañarse; que había sostenido, no por obstinación, sino por error aquellas opiniones, y que le importaba retractarlas, á fin de que no se atribuyesen á Pio las opiniones de Eneas; de aquí tomó ocasión para exponer una parte de su vida.

A consecuencia de las agitaciones precedentes sucedía que aquellos á quienes castigaba el papa apelaban al futuro concilio; además los reyes alegaban pretensiones de nombrar los obispos de sus estados; en su consecuencia, Pio prohibió por la bula *Execrabilis*, en el concilio de Mantua, bajo pena de excomunión, apelar de las decisiones del papa al futuro concilio, tribunal que no existe. Pero las sanciones que á propósito de esto habían tenido lugar

durante las agitaciones pasadas, le opusieron graves embarazos. En el instante en que luchando con toda la energía de su convicción contra la indiferencia del siglo, preparaba la cruzada contra los turcos, espiró en Ancona.

Pedro Barbo, veneciano, elegido papa después con el nombre Paulo II (1464), era un buen hombre, habilísimo en insinuarse en el valimiento de cualquiera por pequeños servicios, así como por sus simpatías hacia los pesares ajenos, lo cual había hecho que se le diera el sobrenombre de *Nuestra Señora de la Piedad*. Propendió continuamente á tres cosas; al engrandecimiento de sus sobrinos, en cuyo favor hizo anular la estipulación impuesta por el cónclave; la cruzada contra los infieles; la derogación de la pragmática sanción de Bourges, en la que le parecían mermadas las prerrogativas pontificales por el clero galicano. Pero zozobró en cada una de estas tres tentativas. Informado de que los sesenta *abreviadores* (colegio instituido por Pio II á fin de que redactara los breves en estilo castigado) hacían tráfico de sus funciones, los destituyó con la idea de que era digno de Roma darlo todo gratuitamente. Aquellos sesenta letrados, sumidos de este modo en la miseria, le denigraron á porfía; y uno de ellos, Bartolomé Sacchi de Piadena (el Platina), le faltó al respeto hasta tal punto que fué condenado á encarcelamiento. Después se halló complicado en una conspiración que fué descubierta, y se le aplicó de resultas á la cuerda; suplicio de que se vengó enérgicamente, calumniando al pontífice en sus Vidas de los papas.

Se acusa á Paulo II de haber perseguido la restauración de la literatura clásica; nosotros nos inclinamos á ser indulgentes en este punto en su persona; sí, le asustó ver en ella la irrupción del paganismo, no sólo en el arte, sino también en las doctrinas y en la vida; á los eruditos sonrojarse de los nombres de santos que habían recibido en el bautismo, y cambiar el de Pedro en Pierio, el de Juan en Joviano, el de Marino en Glauco; celebrar fiestas á la antigua usanza, sacrificando un macho cabrío, y bajo pretexto de restaurar el crédito de Platon, arrojarse á las doctrinas más absurdas. Todas estas cosas, frívolas bajo algunos conceptos, traen consigo muy serios re-

sultados. Es cierto que Paulo II gastó mucho para desenterrar antigüedades. Amó las artes y el dinero, y se mandó hacer una tiara de valor de cincuenta mil marcos (275.000 francos). Consiguió formar una liga de todos los potentados de Italia, para mantener la independencia de cada uno de ellos. Los príncipes de Este, que ya habían obtenido del emperador los ducados de Módena y Reggio, alcanzaron del papa el título de duques de Ferrara, é hizo que tomara asiento entre los cardenales Bosso de Este, á quien regaló la Rosa de oro. Ya no se trataba de proyectos de reforma para la curia romana; y mientras se ahuyentaba cada vez más la idea de convocar un concilio, las encomiendas y los beneficios concedidos ó prometidos, se multiplicaban con otros abusos de esta clase.

Sixto IV (Francisco de Ascola de la Rovera) (1471), cuya política incierta y desleal hemos visto tanto en Nápoles como en Florencia, dejó todavía peor renombre que Paulo II. «El fué el primero que comenzó á demostrar á cuánto alcanzaba el poder de un pontífice, y de qué manera, mil cosas tratadas antes de errores, podían ocultarse bajo la autoridad pontificia.» Trató de armar á la cristiandad contra los turcos; pero sólo consiguió quitarles Esmirna y expulsarles de Otranto. Los mancebos de quienes se rodeaba, hicieron que se hablara mal de sus costumbres. Manifestó extremado vigor en las guerras que se encendieron entre los Colonna y los Orsini, y pasó la ciudad á sangre y fuego. Beneficios, obispados, principados, dignidades, empleos llovieron sobre los Riario y los Rovera, sus sobrinos. Rafael Sansoni, nombrado cardenal á los diez y siete años, llevaba en pós de sí una comitiva de diez y seis obispos; el inepto Pedro Riario, legado de toda la Italia, tenía una córte de más de quinientas personas. Para Jerónimo Riario fundó Sixto IV el señorío de Imola y le preparaba otro más importante en la Romaña; pero hallando un obstáculo á este proyecto en los Médicis, se asoció á la conjuración de los Pazzi, y castigó con excomuniones á Lorenzo porque no había dejado que le dieran muerte los conjurados.

Sixto IV halagó á Venecia mientras tuvo esperanza de que le sirviera de instrumento para su nepotismo ambicioso; luego la abando-

nó para unirse al rey de Nápoles y al duque de Ferrara, que hacían la guerra á los venecianos y fulminó contra ellos el entredicho. Sin inquietarse Venecia de la sentencia, citó al papa al futuro concilio, y recibió despues cuando la paz de Bañolo lo que había perdido, con sus derechos de navegacion en el Pó y la Polesina de Rovigo. «Este ambicioso modo de obrar le hizo estimar más de los príncipes de Italia y todos trataron de ganárselo por amigo.» El hecho es que aquel nepotismo descarado deshonraba á la Iglesia. El abuso de las censuras les hacia perder todo crédito, y Luis XI envió á intimar al papa con altivez la orden de retirar las censuras fulminadas contra Florencia y convocar un concilio.

Apenas Sixto IV, á quien el mal éxito de sus designios había llenado de amargura, dió el último suspiro, cuando el palacio de sus sobrinos fué demolido. Los granos que había acumulado fueron saqueados, y los Colonna que había perseguido volvieron á Roma, donde se sostuvieron con las armas en la mano. Esforzaronse los cardenales en prevenir nuevos desórdenes, estableciendo aún una capitulación; pero en lugar de aquellos expedientes, siempre eludidos, debieron pensar en hacer una nueva elección. Dinero y promesas la hicieron recaer en Juan Bautista Cibo que tomó el nombre de Inocencio VIII, á quien los pasquines declararon llamarse Padre con razón. Embelleció á Roma, castigó algunos falsificadores de bulas, pero se puso á merced de su sobrino Francisco Cibo que se enriquecía concediendo, mediante grandes primas, la impunidad á los bandidos de que Roma era una guarida. Creó Inocencio por sugestión suya una cantidad de empleos; y los que lo compraban alto precio se indemnizaban traficando con las gracias apostólicas.

Considerando Venecia el clero como dependiente del gobierno, había hecho siempre los nombramientos y dignidades. Inocencio, que quería atraer á sí la elección de las sillas de Pádua y Aquilea, se opuso entonces á ello, así como á los derechos del diezmo exigidos sobre las fundaciones religiosas. Combatió con ayuda de una política tortuosa la perfidia de Fernando, rey de Nápoles, y descuidó los negocios eclesiásticos. El deso de prolongar los días que los antiguos pontífices prodigaban con una

santa generosidad le hizo recurrir á todos los medios, hasta hacer pasar á sus venas la sangre de tres niños.

De esta manera es como los papas, siendo cada vez menos dignos de la tiara, preparaban el azote que estaba ya próximo; pero nos detendremos antes de llegar á hablar de un pontífice cuya memoria está todavía más manchada.

CAPITULO III.

Cristóbal Colon.

Un error geográfico sobre la forma del Africa, y otro error histórico sobre la existencia del Preste Juan, habían animado á los portugueses á encontrar un nuevo paso para las Indias. Un nuevo error, pero al mismo tiempo una reflexión profunda para concebir, una constancia imperturbable para ejecutar, y esa fuerza de carácter que es la única que lleva á cabo las grandes empresas, condujeron á un descubrimiento de la más alta importancia á un italiano que se levanta como un gigante sobre los confines de la edad media y de los tiempos modernos.

Cristóbal Colon, de una familia noble de Placencia empobrecida por las guerras de la Lombardia, era natural de Génova ó sus cercanías, y se dedicó á la navegacion. Siendo todavía joven interrumpió sus estudios, que había comenzado en Pavia, para seguir la carrera de su padre, y bien pronto se distinguió por su valor y habilidad marítima, como también por sus conocimientos en geometría, astronomía y cosmografía. Despues de haber mandado buques napolitanos y genoveses, fué á Portugal, en donde los italianos, ó segun se les llamaba, los lombardos, eran muy bien recibidos, porque su instrucción favorecía el ardor de los descubrimientos. Lisboa, particularmente, estaba llena de sábios, curiosos, aventureros, misioneros, comerciantes y artistas, que de todas partes acudían para tomar parte ó utilizarse de unos acontecimientos cuya fama circulaba y se había extendido por todo el mundo. Colon, como marino, había contraído en aquella ciudad relaciones de amistad con una familia de viajeros, y recogía con avidez las narraciones, las conjeturas y hasta los sueños de los navegan-

tes. Quizá hizo algun viaje á la costa de Guinea; lo cierto es que todo alimentaba en él el deseo, estimulado por el cálculo, de extender sus descubrimientos en una esfera mucho más vasta que á la que hasta entonces se habían limitado.

Pero desprovisto de medios suficientes ¿cómo podía esperar ver realizadas las constantes ilusiones de su pensamiento? Conservaba, no obstante, sus dorados sueños y se lisonjaba encontrar un apoyo respetable en la opinión de los antiguos sábios; porque lejos de proceder al azar, no cesó de consultar el cálculo, las estrellas y el mar, sobre el viaje que meditaba; y si los que descubrieron las playas africanas no hicieron más que seguir un continente piramidal, cuya costa en el Oriente era ya conocida de los árabes, Cristóbal se preparaba una conquista de reflexión, proponiéndose llegar á Asia por un camino que todavía no se había intentado.

Colon conocía muy bien la opinión de la antigua escuela italiana, con respecto á la esferoide del mundo y á la existencia de los antipodas; doctrina que, anatematizada en algun tiempo, llegaba á estar de día en día más generalizada. Si, pues, la tierra es esférica, se podrá pasar de un meridiano á otro, ya sea en dirección del Oriente, ya en sentido inverso, y ambos caminos serán complemento uno de otro; de modo que si uno pasa de ciento ochos grados, el otro será menor, es decir, más directo. En este sencillo raciocinio se apoyaba Colon.

Eratóstenes fué el primero que evaluó en doscientos cuarenta grados la distancia entre la Iberia y las costas de la China, y su cálculo apenas erraba en diez grados. Estrabon adoptó aquel cálculo, pero Marin de Tyro le redujo á ciento treinta y cinco grados, y Tolomeo al corregirle, se engañó también en cuarenta y uno. Colon había leído en este autor que la tierra está dividida en veinticuatro horas de quince grados cada una; y de este número los antiguos conocían ya quince, desde Gibraltar á Tina en Asia; los portugueses avanzaron hasta el diez y seis, y no quedaban ya más que ocho, es decir, una tercera parte de la superficie terrestre. Colon sabía además que los mares formaban un séptimo de la parte seca del globo. «El mar es, pues, muy poca cosa; no es tan